

Nacionalismo made in Occidente

EDUARDO TOCHE*

¡QUÉ ME MIRA, CADETE!

El deslumbramiento ante el advenedizo volvió a manifestarse en estas elecciones. Sobre todo en una parte de lo que antaño fue una izquierda que mostró problemas pero también posibilidades y ahora no es más que escombros patéticos de ese pasado.

Es curioso, pero esa ex izquierda pareciera que aumentó su fascinación por el desconocido en la medida en que acrecentó su desestructuración. Se trepó al carro fujimorista para ser desalojada de inmediato y sin contemplaciones. Luego, parte de ella reapareció en el toledismo.

Con el humalismo hubo hasta tres vertientes. Una que estuvo desde el inicio de la aventura electoral, encandilada tal vez por la abundante adjetivación antisistema de «Ollanta», la publicación en torno a la cual se construyeron leyendas tropicales que hablaban de inmensos ejércitos de reservistas repartiéndola por todos los rincones del Perú. Para darle un cliché, sería aquella izquierda que soñó con radicalismos en el pasado.

Otra, la que apareció con rostro tecnócrata, fue comprometiéndose paulatinamente. Debía otorgarle coherencia al humalismo y fue alimentándose de altos funcionarios que aún ejercían sus cargos, muchos de ellos promovidos por el gobierno toledista. Allí mismo, aparecieron como voceros fantasmales figuras que la ocasión les pintó la oportunidad para un segundo debut. Puede parecer coincidencia, pero más de un elemento sugiere una analogía entre ellos y los «moderados» de la otrora IU.

Una última vertiente habría decidido marcar distancias, pero disipó las dudas iniciales que le provocó el humalismo apenas culminada la primera vuelta electoral, convencida de que allí tenían al líder tan buscado y nunca encontrado. ¿No eran los mismos que también dudaban en la década de 1980?

Entonces, no deja de ser una curiosidad peruana que, luego de ser derrotado en la segunda vuelta, Humala anunciara su voluntad de organizar una vigorosa oposición a través de un Frente Nacionalista Popular Democrático que llamaba a integrarse a «las fuerzas de izquierda». Aparecieron siglas y nombres que, uno, ya estaban transitando en cierto modo en el trazo que marcó la campaña electoral del humalismo; y, dos, habían devenido altamente funcionales para una derecha que aprendió —y bien— las técnicas para gobernar mediante la generalización del miedo.

En efecto, la habilidad política de Ollanta quedó por enésima vez en cuestión con el referido llamado y, como ha sido habitual en él, sus intentos de rectificación solo han servido para confirmar esta sospecha. El fuego graneado de los voceros de la derecha obligó a Humala a repetir al pie de la letra lo que hace más de un año propusiera Alan García como estrategia política. El nacionalista —imaginando ser una nueva versión de Izquierda Unida— dijo que se había referido a las organizaciones sociales y no a los partidos políticos, como también había planteado el aprista cuando habló de un Frente Social.

En suma, ahora corremos el peligro de que una firme y clara oposición de izquierda quede nuevamente como asignatura pendiente en la política peruana. El ex militar nacionalista no parece dar fuego para ser catalogado como la nueva promesa de la política peruana y, mucho menos, si sigue suponiendo que podrá subsistir rodeado de muertos vivientes.

Sin embargo, también es cierto que su intervención electoral ha revelado muchas cosas importantes. Desde luego, no nos referimos a las enormes fisuras que muestra el país ni a los patrones de creciente desigualdad que a partir de la geografía de los resultados han argumentado quienes a toda costa insisten en el renacimiento de la izquierda bajo el liderazgo de Humala. Esto

es algo tan falaz que si lo aceptamos terminaremos señalando al Banco Mundial y al PNUD como los grandes ideólogos de las expresiones de resistencia contemporáneas.

En esa línea, podríamos argumentar que Humala es el resultado de la insuficiente expansión del mercado. Es decir, el problema no está en el modelo neoliberal sino en su defectuosa aplicación, y restaría, bajo una óptica funcionalista, corregir estas distorsiones para que las «anomalías» de la economía no se reproduzcan en la política.

Pero hay un elemento importante que en los vaivenes de la campaña humalista no se perfiló con claridad, aunque resultó tener interesantes potencialidades movilizadoras. El nacionalismo esgrimido por Ollanta Humala no ha tenido la precisión que la ocasión ameritaba, pero sí la virtud de dirigir las miradas a las vanas promesas que adujo la globalización de la democracia representativa y la economía de mercado.

AMA A TU PAÍS COMO A TI MISMO

Pero ¿cuál es el nacionalismo que pueden estar suponiendo los que de una u otra manera siguieron el llamado del humalismo? En términos generales, este fenómeno no es algo particular del Perú. Tampoco novedoso ni original entre nosotros.

Luego de finalizar la Segunda Guerra Mundial eran pocos los que seguían planteando el nacionalismo como un tema de interés académico. Por supuesto no estaba totalmente olvidado, pues las luchas anticoloniales mantenían el tema en la agenda, pero, sin duda, había perdido la importancia que tuvo en Europa entre fines del siglo XIX e inicios del XX.

Fue Ernest Renan quien colocó los fundamentos con los que sería entendida la nación bajo criterios «modernistas». Dejando de lado el primordialismo, levantado básicamente por la tradición alemana, señaló que una nación era «una gran solidaridad» construida permanentemente mediante «un plebiscito de todos los días».

A partir de esta fórmula, en gran medida heredera de las nociones de pueblo y ciudadanía gestadas con la Revolución Francesa, se asumió que la nación era un pacto constantemente reforzado por una historia oficial, ritos y leyendas capaces de solidificar una comunidad.

En 1960, Elie Kedourie impuso los términos contemporáneos del debate. Iniciador de la que luego sería llamada tendencia de la London School of Economic and Political Science (LSE), Kedourie fue el primero en establecer la artificialidad de la nación, en un intento más sofisticado de lo que un siglo antes había expuesto Renan.

Pero será Ernest Gellner el que dará las pautas definitivas al modelo de comprensión. En 1964 publicó *Thought and Change*, obra considerada como la primera y única teoría sobre las naciones y el nacionalismo. Posteriormente, en 1983, publicará *Nations and Nationalism*, en el que afinará los conceptos que había expuesto previamente.

Sobre esta base, una pléyade de autores plantearon sus aportes impulsados por la necesidad de comprender dos procesos fundamentales que se estaban escenificando en el mundo contemporáneo: el colapso del bloque socialista y la globalización unipolar que sobrevino al agotarse el periodo de la guerra fría.

Entre ellos, destacaron los marxistas Benedict Anderson y Eric Hobsbawm. El primero quebró de manera firme el eurocentrismo que había caracterizado los análisis sobre la formación de las naciones y los nacionalismos. El segundo precisó que ambos fenómenos son intrínsecos a una fase del capitalismo —la que él mismo denominó en uno de sus trabajos «la era del imperio»— y, por lo mismo, dado que a fines del siglo XX estábamos presenciando la aparición de una nueva fase de esta forma de producción, lo lógico era que en el futuro próximo debían decaer dejando sus virulencias en el pasado.

Todo esto fue respondido por quien podría ser señalado como un nuevo exponente de los estudios del LSE. Nos referimos a Anthony D. Smith. Para Smith, al modelo de Gellner le faltó la corroboración del dato histórico y a las propuestas de Anderson y Hobsbawm mayor sustento teórico.

Si para los tres últimos los nacionalismos antecedieron a las naciones, en tanto estábamos ante «invenciones» que debían formar comunidades imaginarias, para Smith las naciones no eran entelequias sino objetos reales que trascendían el marco cronológico del capitalismo pero que, llegada esta fase, debían ser redescubiertas, reinterpretadas y formar parte de los proyectos

formulados desde la sociedad.

Una versión radical contra los planteamientos «modernistas» fue la expuesta por Adrian Hastings, un medievalista inglés para quien los autores anteriores habían limitado en exceso su ámbito de estudio —las sociedades industriales— y, por ello, no habían podido dar cuenta de la existencia de naciones y la propagación de nacionalismos en Europa por lo menos desde el siglo XVI, cuando la invención de la imprenta había producido una expansión de la lectura de la Biblia, el primer gran texto que estableció las pautas de lo que debía ser una comunidad.

Este debate, en el que habría que incluir a los exponentes de los estudios subalternos y postcoloniales como Guha, Spivak, Chatterjee y otros, se llevó a cabo durante una situación de transformaciones cruciales. En primer lugar, en una serie de lugares donde se habían implantado regímenes socialistas el criterio nacional seguía imperando a pesar de que en el papel se suponía que este debía desaparecer. Más aún, luego de revelarse los horrores cometidos por los Khmer Rouge en Kampuchea no cabían dudas, para investigadores como Tom Nairn, de que la formación de un nacionalismo perverso, fundamentado por elementos provenientes del pasado, estuvo en la base del genocidio.

Por otro lado, el derrumbe del bloque soviético supuso un momento propicio para el reverdecimiento de una democracia que ya aparecía exhausta en Occidente. En efecto, la caída de regímenes totalitarios que habían impuesto duramente sus criterios sobre la sociedad abrió ahora el paso al fortalecimiento de aquella y a la creación de un ambiente en el que sus tensiones con el Estado se resolvieran consensualmente.

En lugar de ello, brotaron nacionalismos cada vez más específicos, agresivos y sorprendentes, al compás de la evaporación de las promesas que hicieron las multilaterales y la rápida caída del optimismo que había generado el fin de la historia preconizado por Fukuyama.

Otro espacio importante que condicionó el dinamismo de los estudios sobre las naciones y el nacionalismo es el mundo musulmán. Para Bernard Lewis, lo que viene ocurriendo allí no es sino el resultado de los procesos de colonización y las defectuosas descolonizaciones que esos países experimentaron. Sin embargo, todo parece indicar que esta propuesta adolece de generalización, como en su oportunidad indicó Clifford Geertz, invitando más bien a preguntarse por qué el islamismo puede mostrar rostros tan diversos en los países en que tiene influencia.

En todo caso, lo que viene quedando claro es que el islamismo y la manera como legitima a sus líderes, así como la capacidad que les otorga para la interpretación de los textos sagrados, ha resaltado la importancia que tiene la religión en la composición de los movimientos de resistencia que se desarrollan actualmente.

En cierto modo, en América Latina también se ven resultados inesperados luego de los intentos de universalización de la economía de mercado y la democracia representativa. Las transiciones de las dictaduras a las democracias dejaron rápidamente de lado su optimismo inaugural y entre tropiezos configuraron un escenario en el que los malestares ante los modelos impuestos fueron legitimándose hasta generar movimientos con contenidos autónomos y alternativos.

RECHAZAR EL NACIONALISMO, POR FORÁNEO

Inventar naciones tiene sus bemoles. En 1932, Borges ponía reparos a la propensión de algunos escritores a elaborar un habla artificial que imaginaban propia del pueblo argentino. Esa moda, decía en *Discusión*, era impuesta desde el extranjero y había que tener cuidado.

Los nacionalismos políticos propagados en Latinoamérica durante el siglo XX tuvieron este mismo defecto. No solo fueron una moda que trataba de imitar a Europa sino que, paradójicamente, se convirtieron en eficaces herramientas para hacer perdurar el colonialismo en nuestros países.

A la positivista idea de progreso le sucedió la de desarrollo y, en ambos casos, estuvimos ante plantillas que asumieron el desenganche de los beneficios de la modernidad de una mayoría de la población. Esto puede parecer inocuo y hasta plausible si dejamos de tomar en cuenta que fueron las premisas desde las cuales se impusieron criterios, muchas veces a sangre y fuego, sobre sociedades que no sentían estos proyectos como propios.

En términos generales, los nacionalismos latinoamericanos no fueron generados por la sociedad sino, por el contrario, por segmentos pertenecientes al Estado, especialmente sus fuerzas

armadas. En el Perú esto fue bastante claro. Las vertientes políticas civiles que expusieron algunos bocetos al respecto no tuvieron la capacidad hegemónica necesaria para llevarlos a cabo, como bien puede ser apreciado ahora en perspectiva con el creciente sentimiento antioligárquico que caracterizó la historia política del país durante gran parte del siglo XX.

Esta carencia buscó ser remediada por unas fuerzas armadas cuya profesionalización solidificó su idea de estar sobre las facciones civiles y ser ellas las únicas depositarias del sentimiento nacional. Fue así como desplegaron tal vez el único intento serio para promover el desarrollo desde el Estado y que terminó agotándose luego de la experiencia velasquista.

Pero el nacionalismo militar no solo implicó un esfuerzo desarrollista. Su complemento fue la definición del enemigo interno que, desde su perspectiva, se oponía a dichos objetivos. El comunismo, como reiteraban los manuales y reglamentos antisubversivos, intentaba destruir las bases de la civilización occidental y cristiana. En ese sentido, la normalización ante la barbarie con el argumento del amor por el país fue lo visto en la Argentina y Chile de la década de 1970 y en el Perú de la década de 1980.

Es decir, entre el desarrollismo y la contrasubversión no hubo un *aggiornamento*. Y con ello volvemos al nacionalismo de Humala. ¿Cuáles serían sus fuentes? Más allá de grotescas y fallidas romerías o citas de Haya, Mariátegui y Basadre, Humala pareciera exponer fragmentos de un discurso institucional que en su momento expresó la misión de las fuerzas armadas, que desde mediados de la década de 1970 tuvo crecientes dificultades para expresar una realidad cada vez más extraña.

Así, imagina fundamentos étnicos y vertientes autónomas que posiblemente sean rescates intermitentes de un planteamiento pasado, pero que difícilmente podría insertarse con potencialidad para formular un proyecto político en el presente. Más aún, además de expresarse fraccionado e incoherente, parece difícil poder impulsarse sin apelar a sentidos verticales y autoritarios.

Sin embargo, más allá de las características que muestra el nacionalismo de Ollanta Humala y de las maromas que deben hacer sus acompañantes de la izquierda para adecuarse a ellas, lo cierto es que los resultados que viene dejando la manera particular como estamos insertándonos en el mundo globalizado está dejando un amplio espacio de legitimidad para la actividad política contestataria que, a su vez, implique una alternativa y no una voz fantasmal que solo marca las dificultades sin establecer pautas para el cambio.

■